

VIETNAM

CRONOLOGIA DE UNA LIBERACION

NO es fácil elaborar una cronología que encorsete el movimiento revolucionario vietnamita, en todo caso, un simple detalle en el tiempo que abarcaría a varias generaciones de patriotas. Pero es útil recordar a los más jóvenes la ya interminable lucha mantenida por un pueblo lanzado a la búsqueda de su identidad nacional, primero frente al colonialismo francés y luego contra el imperialismo norteamericano. Recordar, a través de unos jalones que tienen su santo y seña, el más importante combate de liberación que ha conocido el siglo XX; una revolución ante la que empalidecen las más acreditadas por los manuales de historia; una revolución a la que la agresión permanente no le ha dejado tiempo para envejecer. Ahora, el pueblo vietnamita tiene ya su victoria al alcance de la mano; la primera victoria militar, también política e ideológica, que consigue el subdesarrollo frente a la hegemonía imperialista. Pero miremos hacia atrás, que la lucha no es de ayer...

1925. El joven Ho Chi Minh, su nombre simboliza a todo un pueblo, tras un largo exilio en Europa, donde participó en la constitución del PC francés (Tours, 1920), vuelve al continente asiático, y en una China en revolución, funda la Asociación de la Juventud Revolucionaria Vietnamita. Cuatro años después surgen en Vietnam tres organizaciones comunistas, que se fundirán en una sola cuando, en 1930, regresa Ho Chi Minh a su patria: nace en 1930 el Partido Comunista de Vietnam. Este movimiento comunista, cuya característica nacional será primordial, se fija un programa cuyos dos puntos más importantes son el derrocamiento del imperialismo francés y del feudalismo y la constitución de un Gobierno de obreros y de campesinos.

1941. En el mes de junio, Ho Chi Minh comunica a todos sus compatriotas el nacimiento del Viet Minh (Vietnam Doc-Lap Dong Minh Hoi), crisol de un frente nacional que conducirá al combate hasta el año 1954: «Nuestro pueblo —escribió Ho Chi Minh en aquella ocasión— sufre bajo un doble yugo: servimos no sólo como búfalos y caballos de los invasores franceses, sino también como esclavos de los saqueadores japoneses».

1945. Acaba la segunda guerra mundial. Las bombas nucleares americanas caen sobre Hiroshima y Nagasaki. Las potencias del Eje han sido derrotadas. Se inicia también el ocaso de los antiguos poderes coloniales. En este año, piedra angular de la nueva historia, proclama su independencia, el día 2 de septiembre, la República Democrática de Vietnam. Declaración inspi-

rada en el más riguroso sentido democrático occidental; sus fuentes doctrinales son la Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa; es también un riguroso análisis del fenómeno colonial. El vendaval de optimismo que recorre el año de la victoria también halla sus ecos en esta Declaración: «Un pueblo que se ha

ciertamente, una decisión equivocada que retrasó en muchos años la independencia del Tercer Mundo, y que, además, se cobrará un elevadísimo tributo de vidas humanas.

A partir de 1945, el pueblo vietnamita tendrá que enfrentarse con la torpeza diplomática y la crueldad militar, aparte de la ceguera política, de la IV República Francesa.

Roberto Mesa

opuesto valientemente a la dominación francesa por más de ochenta años, un pueblo que luchó al lado de los aliados contra los fascistas durante estos últimos años, un pueblo como éste, debe ser libre e independiente». Se constataba, en último lugar, un vacío de poder que sólo podía ser ocupado por este gobierno popular: «Los franceses huyeron, los japoneses capitularon y el Emperador Bao Dai abdicó».

1945-1954: La guerra francesa

Pero la joven República Democrática de Vietnam no tendría una vida fácil. Los pueblos sometidos incurrieron en un error utópico en 1945: Creyeron que la Democracia anunciada sería para todos. Nada más falso: Los grandes poderes estaban decididos a restaurar los viejos imperios coloniales. Fue,

El día 6 de marzo de 1946 se firman los Acuerdos Sainteny-Ho Chi Minh: Francia reconocía la independencia de la República de Vietnam. Pero, evidentemente, las intenciones francesas en Indochina, al igual que después en Argelia, no eran precisamente autonomistas: en una mano, la falacia diplomática, y en la otra, la agresión. El día 24 de noviembre de 1946 se produce el bombardeo del barrio vietnamita de Haifong, que produce más de seis mil víctimas. Un mes después comenzaba la guerra de resistencia vietnamita contra Francia, guerra de carácter profundamente nacional, bajo la convocatoria de Ho Chi Minh: «Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, sin distinción de credos, partidos o nacionalidades: todos los vietnamitas debemos levantarnos para luchar contra los colonialistas fran-

ceses y salvar la patria» (20 de diciembre de 1946).

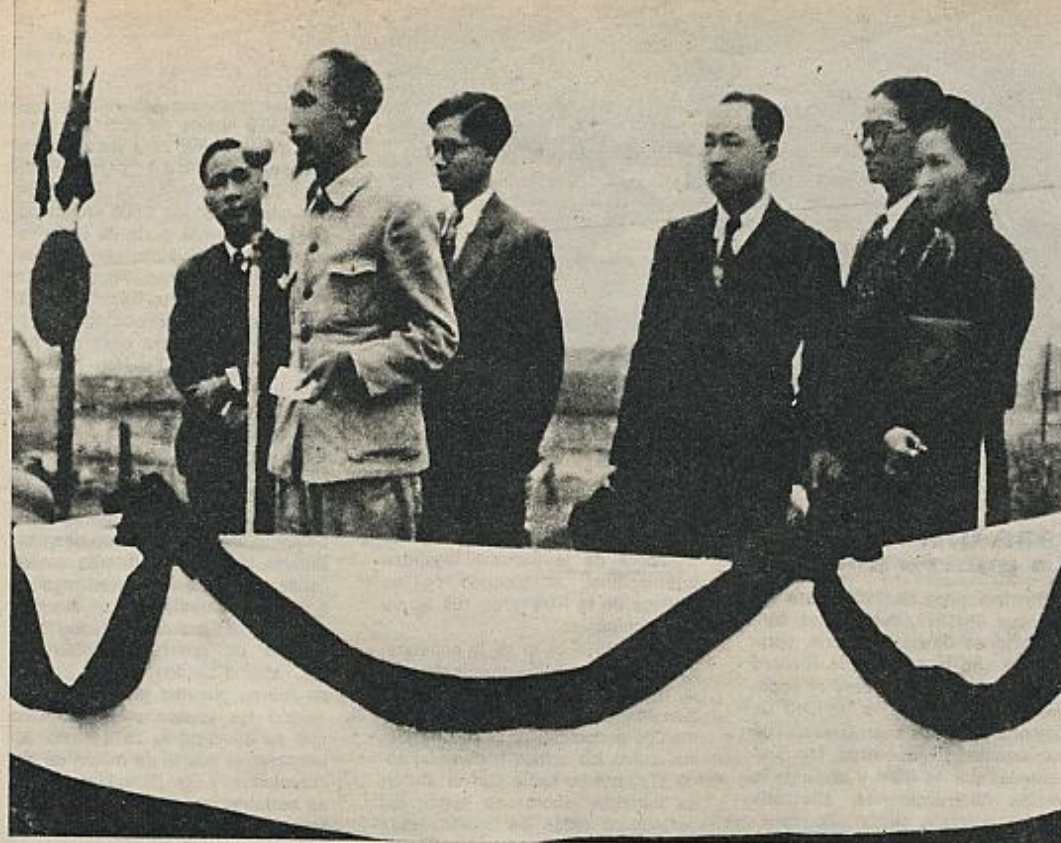
Se abre una guerra sin cuartel entre el poder popular y la represión metropolitana, en tanto se prepara y avocina la hora del relevo. En 1950, Dean Acheson, secretario del Departamento de Estado USA, declaraba: «El Gobierno de los Estados Unidos, convencido de que no existe independencia nacional ni evolución democrática en el área dominada por el imperialismo soviético, considera que tal situación justifica la concesión de ayuda económica y de equipos militares a los Estados asociados de Indochina y de Francia...».

Son los años de Corea y de la defensa del llamado «Mundo Libre», ambientadores máximos del contexto de la guerra fría. Los años de la «cruzada» norteamericana. El pueblo vietnamita era consciente ya en esta época del peligro que se cernía sobre su futuro, que la guerra francesa era sólo una etapa en la lucha por su independencia y que en modo alguno era la fase final: «Los imperialistas de EE. UU. incitan a los colonialistas franceses a continuar y extender la guerra agresiva en Vietnam, debilitándolos así cada vez más por medio de la lucha, con la esperanza de reemplazar a Francia en Indochina» (Ho Chi Minh, al semanario sueco «Expressen», 26 de noviembre de 1953).

En estas fechas era ya desesperada la situación militar francesa,



Rendición de las tropas francesas en Dien Bien Phu. Mayo de 1954.



Ho Chi Minh lee la Declaración de Independencia, el 2 de septiembre de 1945.

impotente para contener la marea ascendente de la guerra popular. El Alto Mando francés preparará su propia tumba: a comienzos de 1954, el general Navarre iniciaba desde Dien Bien Phu la Operación «Atalante». En los albores de la Conferencia de Ginebra, convocada por los Grandes Poderes para estudiar la situación asiática, Dien Bien Phu, con la flor y nata del cuerpo expedicionario francés, caía en manos del Vietminh; en su caída arrastraría al Gobierno francés y al Gobierno de Bao Dai. En la noche del 20 al 21 de julio de 1954, se firmaban los conocidísimos Acuerdos de Alto el Fuego en la Península de Indochina. Era el triunfo diplomático de las posiciones vietnamitas: se reconocía la independencia y la unidad de todo el Vietnam, garantizadas por la Declaración Final de la Conferencia de Ginebra. El Norte y el Sur quedarían separados provisionalmente por una línea de demarcación militar, para facilitar la agrupación a uno y a otro lado de las fuerzas combatientes; se fijaba también el mes de julio de 1956 como fecha para la celebración de elecciones generales en Vietnam del Sur, como paso previo a la reunificación de todo el país.

1954-1964: Preludio a una nueva guerra

Para el observador occidental, poco y peor informado sobre el tema, estos diez años son una época de tierra de nadie mental, un inmenso vacío informativo que, en el mejor de los supuestos, sólo encajan entre la constitución de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, en violación de los Acuerdos de Ginebra, y el asesinato de Ngo Dinh Diem. Sin embargo, estos dos lustros son también un capítulo decisivo en la lucha

del pueblo vietnamita por su independencia y por su revolución. Dos objetivos que hay que recordar; ya no se trata de un simple y meritorio combate autonomista; está también en juego, al mismo tiempo, la realización de una revolución socialista de modelo asiático, la propuesta de un patrón de desarrollo político y económico no capitalista a todos los pueblos de Sudeste del continente. Este objetivo dará un contenido ideológico propio al enfrentamiento con el imperialismo estadounidense.

Estos diez años giran en torno a tres líneas fundamentales: 1) Violación de los Acuerdos de Ginebra por parte de Estados Unidos. 2) Constitución de una Administración fantoche en Saigón, ejecutora imperfecta de los designios de Washington. 3) Insurrección y guerra popular en el Sur. Estos diez años son también, insistimos, los del reto ideológico entre dos concepciones distintas de la vida.

Caído Bao Dai en octubre de 1954, ocupa el Gobierno de Saigón un fiel servidor de Estados Unidos y protegido de sus medios más reaccionarios, Ngo Dinh Diem. En clara violación de lo acordado en Ginebra, se había celebrado en el Sur un referéndum, en el que Diem había obtenido el 98 por 100 de los votos emitidos. Días después, Eisenhower escribía a Diem, y le animaba a «mantener un Estado fuerte... con la ayuda americana concedida a vuestro Gobierno». Como se veía inmediatamente, un Estado fuerte era un Estado fascista. A falta de mejores pruebas, los expertos en el tema fijan en esta carta el comienzo del compromiso americano en Vietnam. Compromiso curioso, auténticamente epistolar, que continuarían John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson. En diciembre de 1961, J. F. Kennedy repetiría la misma promesa a idéntico destinatario: «Estamos dispues-

tos a ayudar a la República de Vietnam a proteger su pueblo y su independencia».

No se tardaría mucho en ver en qué consistía esta protección. En 1956 no se realizaron las previstas elecciones generales. Ho Chi Minh, aquel mismo año, recordaba la continuidad del combate y la vigencia del objetivo: «El Vietnam es uno, la nación vietnamita es una. El Norte y el Sur constituyen la misma familia. El Sur y el Norte son hermanos de la misma sangre; ninguna fuerza podrá dividirlos. Sólo en un Vietnam unificado podrá ser consolidada la paz de una manera estable y duradera». ¿Por qué no hubo elecciones? Años después, escribiría el Presidente-general Eisenhower, en sus Memorias, que, no se llevó a cabo la consulta electoral porque «personas muy bien informadas sobre los asuntos de Indochina creían que muy probablemente el 80 por 100 de la población habría votado por el comunista Ho Chi Minh».

También en estos años la Administración de Saigón trata de fortalecer su poder, basándose en argumentos que multiplicarán su impopularidad: la corrupción económica y la represión policiaca sobre todos sus opositores, la evasión de capitales y la tortura se combinarán, sin dosificación alguna. Estos dos elementos confluyen el 20 de diciembre de 1960 en la creación del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur; era la cristalización de la resistencia que había comenzado a finales de 1957 y comienzos de 1958. Durante algún tiempo se adujo, por los interesados en el confusiónismo, que el FNL era un movimiento feudatario de Hanoi. El argumento no resiste la más mínima discusión; en fuente tan poco sospechosa como los Documentos del Pentágono puede leerse: «La guerra comenzó principalmente como una rebelión en el

Sur contra el Régimen cada vez más opresor y corrompido de Ngo Dinh Diem. La mayoría de los que tomaron las armas eran sudvietnamitas, y las causas porque lucharon no fueron tramadas de ningún modo en Vietnam del Norte» (Op. cit., p. 97).

El verano y el otoño de 1963 son decisivos en este periodo. El Ejército de Liberación Popular del FNL es cada vez más fuerte, y los mercenarios de Saigón, cada vez más impotentes; a la lucha armada se une la resistencia pasiva en las ciudades, procedente en especial del movimiento budista. La tesis americana de ayudar a los vietnamitas a ganar su «propia» guerra ha fracasado. No hay, nunca la hubo, una guerra civil. Ha llegado el momento de que cada uno asuma sus propias responsabilidades: el día primero de noviembre de 1963, Ngo Dinh Diem y su cuñado Ngo Dinh Nhu, responsable de la represión policial, son asesinados con sospechosas connivencias de los Servicios Secretos norteamericanos. El campo está expedito.

1963-1968: La agresión norteamericana

Se confirma el gran compromiso y se dibuja la gran tragedia americana. Como en las novelas más clásicas del género, también en Vietnam «el criminal nunca gana». El hombre que encarnará la más cruel agresión jamás cometida contra un pueblo, Lyndon B. Johnson (mérito que bien puede compartir con sus predecesores y antecesores en la Casa Blanca, pues, en fin de cuentas, los nombres sólo son los símbolos del imperialismo), asume la Presidencia norteamericana en noviembre de 1963, por el asesinato en Dallas de J. F. Kennedy.

Pese a todo, el orden internacional, tan rigurosamente atado por ficciones legalistas, necesitaba un pretexto, un detonante que pusiese en marcha el mecanismo agresor. El 17 de agosto de 1964, el Congreso americano autorizaba al Presidente Johnson a efectuar acciones de represalia sobre el territorio de la RDV, como respuesta a los llamados «incidentes del golfo de Tonkín», acaecidos los días 2 y 4 de agosto, al ser atacados dos destructores americanos por lanchas rápidas norvietnamitas. Sería farisaico descender a la polémica jurídica sobre la proporcionalidad de las represalias; el incidente de Tonkín fue preparado minuciosamente por el Gobierno de Washington, necesitado del pretexto «legal» que justificase su acción militar: el bombardeo de Vietnam del Norte. A lo largo del mes de abril de 1964, el Alto Mando USA había confeccionado una lista de «94 posibles objetivos para ser bombardeados en el Norte», acción que Lodge, embajador en Saigón, reclamaba en el mes de junio del mismo año: «Una campaña de bombardeos selectivos sobre objetivos militares en el Norte para afirmar la vacilante moral del Sur».

Este «incidente», que motivaría la monstruosa agresión americana, fue conocido en sus justas proporciones a partir del 10 de agosto de 1964, fecha en la que La Voz de América comunicaba que los dos

VIETNAM

navíos americanos en cuestión habían traspasado el límite de las doce millas fijados por la RDV para sus aguas territoriales; en suma, la agresión norvietnamita se reducía «a una bala de pequeño calibre encontrada en el casco del "Madrox"» (Vid. Anthony Austin: «La guerra del Presidente». Barcelona, 1972).

El 13 de febrero de 1965, L. B. Johnson pone en marcha la Operación «Rolling Thunder», bombardeos sin interrupción del territorio de la RDV, que sólo se detendrán el día 1 de noviembre de 1968. Junto a los bombardeos masivos, la no menos masiva presencia militar norteamericana, archivada ya la superchería de los «consejeros», militares o civiles. A finales de 1964 se encontraban en Vietnam 24.000 soldados norteamericanos; en junio de 1966, se llegaba a la cifra de 542.000 hombres. El tonelaje de las bombas arrojadas sobre Vietnam superaría con mucho al de las empleadas durante la segunda guerra mundial. El imperialismo demostraba, de una vez y para siempre, que nunca había entendido el contenido y el dinamismo de una guerra de liberación popular. En las mentes de todos los que quieren recordar están los índices de crueldad con que llevó a cabo su acción genocida y biocida el Gobierno de Estados Unidos.

Agosto de 1967 conoce el primer programa para la paz futura: la declaración de catorce puntos del FNL: «La población sudvietnamita está determinada a vencer a los agresores estadounidenses y a sus agentes para edificar un régimen político que asegure al país y al pueblo, la soberanía, la independencia, la libertad y la felicidad...». Al tiempo de este anuncio, se lleva a cabo una importante acción militar por parte de los patriotas vietnamitas: fracasa la operación americana «Junction City», y el Ejército de Liberación triunfa en las batallas de Dak To, Gio Dinh y Khe Sanh. Los países socialistas y todos los pueblos progresistas, que han hecho suya la causa vietnamita, con su ayuda militar, económica y moral, van a presenciar el primer acto de la tragedia americana.

El 31 de marzo de 1968, L. B. Johnson anuncia al pueblo americano la limitación de bombardeos sobre la RDV y, al mismo tiempo, primer derrotado de la guerra, comunica que renuncia a presentarse a las elecciones presidenciales. Desde esta histórica noche queda abierto el período negociador. El 13 de mayo de 1968, un mayo histórico por tantos motivos, se inician las conversaciones de paz en París; la negociación comenzaría en realidad meses después, ya que Johnson tendría que dar cumplimiento previamente a las condiciones impuestas por el pueblo vietnamita: El día 1 de noviembre de 1968, se suspendían sin condiciones todos los bombardeos sobre la RDV; días después, el FNL, constituido ahora en Gobierno Provisional Revolucionario de Vietnam del Sur, era admitido a parte entera en las Conversaciones de París. Ya podían comenzar las negociaciones.



Matanza de Mi Lay, 1968.

1968-1975: La guerra sin fin

Desde finales de 1968 hasta comienzos de 1973, durarán las conversaciones de paz de París, combinadas con la «guerra de Richard Nixon», otro símbolo para el imperialismo. Durante este período de tiempo, las únicas propuestas de paz constructivas fueron las presentadas por la RDV y el GPR; la táctica obstruccionista, alternada con el chantaje militar, la repetición de la agresión sobre la RDV, será la técnica «diplomática» utilizada estérilmente por Washington.

En septiembre de 1969, moría el viejo líder Ho Chi Minh; meses antes de su fallecimiento, escribía un documento político «en previsión del día en que vaya a reunirme con los venerables Karl Marx, Lenin y nuestros antepasados revolucionarios». El combatiente histórico veía ya próxima la victoria y repetía incansablemente su programa: «Ciertamente, nuestro pueblo vencerá. Nuestra patria será reunificada. Nuestros compatriotas del Norte y del Sur se reunirán bajo el mismo techo. Nuestro país tendrá el insigne honor de ser una pequeña nación que habrá vencido a dos grandes imperios, el francés y el americano, y habrá aportado una digna contribución al Movimiento de Liberación Nacional».

El día 1 de julio de 1971, el ministro del GPR, señora Nguyen Thi Binh, presenta en la Conferencia de París una Declaración de Siete Puntos, tras una brillante ofensiva militar de las Fuerzas Populares, que puede ser considerada como el borrador de la paz de 1973: 1) Retirada incondicional y total de las Fuerzas americanas y aliadas de Vietnam del Sur. 2) Formación en el Sur de un Gobierno de concordia nacional, encargado de organizar elecciones libres en toda la zona. 3) La reunificación de Vietnam continúa siendo el objetivo último. 4) Responsabilidad del Gobierno de Estados Unidos por los daños causados al «pueblo vietnamita en las dos zonas».

Era una tajante respuesta, tras una rotunda, victoriosa campaña militar, al plan de «vietnamización» de la guerra del Presidente Nixon: que los vietnamitas se maten entre sí. La ofensiva vietnamita alcanzó tan grave importancia en la primavera de 1972, que la Aviación americana reanudaba los bombardeos sobre la RDV el día 6 de abril de 1972; medida que, días después, el 8 de mayo, se duplicaría por otra de mayor alcance, también adopta-

da por la Casa Blanca e igualmente violadora de la llamada legalidad internacional: el bloqueo de los puertos de la RDV y de sus aguas jurisdiccionales.

El año 1972 es el de la constatación por los propios americanos de su fracaso militar y político; se habían empleado inútilmente todos los medios conocidos de hacer la guerra, salvo las armas nucleares; todo Vietnam se había convertido en un inmenso laboratorio donde experimentar todas las posibilidades de destrucción, física y psicológica. Cuando los daños causados al pueblo vietnamita son irreparables, surge una nueva idea: Ya que se ha perdido la guerra, Estados Unidos intenta lo que en su día se denominó la «neutralización del área geográfica»; pero, como siempre, combinando la diplomacia con el terror; cuando ya está a punto de firmarse al paz, Nixon ordena nuevamente la reanudación de los bombardeos sobre la RDV, que, en esta ocasión, la última, durarán desde el 18 al 30 de diciembre de 1972.

Finalmente, sin ningún ánimo de honrar su compromiso, con el deliberado propósito de ganar tiempo, Estados Unidos firma en París el Acuerdo de Alto el Fuego en Vietnam, el día 27 de enero de 1973; el Acta Final de la Conferencia, las garantías sobre Vietnam por parte de las grandes potencias, se rubrica el 2 de marzo. Pero todavía no era la paz.

La opinión mundial, una vez más, respiró tranquila y se olvidó de Vietnam, para redescubrirlo ahora, en los meses de marzo y abril de 1975. Y la gente se interroga atónita ante los patriotas vietnamitas que se encuentran a las puertas de Saigón. Las tres cuartas partes de Vietnam del Sur han sido liberadas.

Pero, ¿y los Acuerdos firmados en 1973? París 1973 equivalía a Ginebra 1954: diecinueve años e infinidad de vidas le había costado al pueblo vietnamita que se admitiese lo ya reconocido internacionalmente. Pero, como anteriormente, era un Acuerdo que debería ser cumplido por las armas. En abril de 1973, afirmaba Nixon: «La retirada de tropas USA de Vietnam no significa en absoluto un cambio en los intereses de los EE. UU., sino simplemente un cambio de métodos, para defender sus intereses». En aplicación de esta postura, desde enero de 1973, los Estados Unidos han introducido en Vietnam del Sur los siguientes efectivos: un millón de toneladas de municiones, dos millones de toneladas de carburantes, 1.100 tanques blindados, 800 piezas de artillería, 112.000 mi-

siles, 200 navíos de guerra y unos 700 aviones. Por otra parte, como «consejeros», han permanecido unos 25.000 americanos, a los que hay que sumar los 3.500 «funcionarios» que forman parte de la Embajada de Saigón, junto con los instalados en diversos Consulados. Pero, sin el soporte físico de Estados Unidos, un ejército de mercenarios no tiene otra cosa que hacer, frente a un Ejército popular, sino batirse de retirada.

Esta claro, entonces, por qué se encuentran los patriotas vietnamitas a las puertas de Saigón. Primero, porque no se produjo la retirada total de las Fuerzas estadounidenses instaladas en Vietnam del Sur. Segundo, porque no fueron desmanteladas las bases militares americanas, sino que fueron entregadas a la Administración Thieu. Tercero, porque continuaron entrando pertrechos de guerra suministrados por Estados Unidos. Cuarto, porque no fueron puestos en libertad por Saigón los presos políticos, sino que se aumentó la cifra hasta sobrepasar el cuarto de millón de encarcelados y, en consecuencia, no se restablecieron las libertades democráticas. Quinto, porque no se constituyó el Gobierno de concordia y reconciliación nacional que debería agrupar a representantes del GPR, de la Tercera Fuerza y de la Administración de Saigón, cuyas banderas ondean desde hace días en la ciudad liberada de Hue. Sexto, porque no se han celebrado las previstas elecciones, y, en una palabra, no se ha dado un paso hacia la reunificación de Vietnam. Por todo ello, el Alto Mando de las Fuerzas Armadas Populares de Liberación acordada, el 15 de octubre de 1974, contestar a la violencia de Saigón haciendo uso de su derecho de legítima defensa. La ofensiva que culmina en estos días ha sido la única manera de dar cumplimiento a los Acuerdos firmados en París en 1973. Acuerdos en los que se insistía en los dos elementos básicos para la instalación de la paz definitivamente en Vietnam: Uno, «el respeto de los derechos nacionales fundamentales del pueblo vietnamita y del derecho de autodeterminación de la población sudvietnamita». Dos, «el respeto a la soberanía, la independencia, la unidad y la integridad territorial de Vietnam».

Cayó Hue, cayó Danang y las Fuerzas vietnamitas se aproximan a Saigón. Barcos americanos y europeos, empujados por un impulso humanitario, se acercan a las costas para recoger a los refugiados que huyen de los espantos de la guerra. Unos vietnamitas para los que no hubo sentimientos humanitarios durante treinta años. ¿Qué humanitarismo dará vida a generaciones de cadáveres? ¿Quién fertilizará las tierras quemadas y los bosques defolados por las armas americanas? ¿Quién abrirá los ojos de los niños asesinados en el vientre de sus madres?

Estas interrogantes nunca serán resueltas. Constituyen la cronología sangrienta de un pueblo que durante más de un cuarto de siglo ha luchado heroicamente por su libertad. Estas son las historias ejemplares de nuestro tiempo: el momento histórico de la lucha contra el imperialismo. ■ R. M.